

ra es aquella sentencia de los Rhetóricos que dice (a): *Facient sensus in oratione, in qua verba laudantur*. Quiere decir, que pierden los hombres la atención à las cosas quando son muy elegantes las palabras; porque estas hurtan la atención à las sentencias, y no miran lo que se les dice por mirar como se les dice. Lo bueno que tienen los tales Predicadores es, que siempre salen con lo que pretenden; porque su intención principal es agradar mas à los oídos que herir los corazones, y desear mas las alabanzas del pueblo que la gloria de Christo. Mas el que desea cumplir con él, y no pende del decir de los hombres apasionados, sino del testimonio de Dios y de su conciencia, procure que su language sea como el deste Padre ageno de toda curiosidad, y vanidad, y artificio; y así obrará mas con sus buenas razones, que con elegantes y pulidas palabras.

Y el que quisiere ver algunos lugares de sus escritos, tratados con grande eloquencia, lea en el Audifilia en el capitulo treinta y dos, el qual va impreso con este Tratado, de la manera que amplifica la divina misericordia y la facilidad con que perdonó al Rey Ezechias, revocando la sentencia que estaba ya promulgada. Y lea tambien en este mismo libro el capitulo sesenta y ocho, donde trata este lugar de los Cantares (b): *Salid hijas de Sion, y vereis al Rey Salomon con la corona que le coronó su Madre, &c.* Y no deseará mas eloquencia que la que aquí verá. Mas esta no salida de los preceptos, y reglas de los Rhetóricos (aunque muy conforme à ellos) sino de la charidad, y de las entrañas de compasión que este amador de Christo les tenía. Porque propiedad es de todos los afectos y pasiones (quando son vehementes) hacer à los hombres eloquentes; mayormente el amor y el dolor. Y destas dos fuentes procedió aquí

la eloquencia deste lugar; en el qual la pluma escribía lo que el amor y el dolor (ò por mejor decir) el Spiritu Sancto le dictaba.

CAPITULO III.

De la especial lumbre y conocimiento que à este siervo de Dios fue dado.

HAsta aquí avemos tratado de la eloquencia de nuestro Predicador: agora será razon tratar de lo que importa mas, que es la ciencia y la especial lumbre de nuestro Señor que para este officio le fue dada. Y porque desto no tenemos revelacion, mostrarse ha por las conjeturas y indicios que esto nos testifican.

Entre los quales el primero es el fruto admirable y extraordinario sobre todo lo que se puede explicar, que hizo con sus sermones en muy gran parte del Andalucía; sacando muchas ánimas de pecado, y esforzando à otras à mudar la vida; de lo qual tratáremos adelante. Porque siendo propio de la palabra de Dios no bolver à él vacía (como el Propheta dice) (c) mas antes acabar prosperamente todo lo que pretende: argumento es que eran palabras de Dios, dadas à este su siervo, las que este tan excelente efecto hacian.

Mas passemos à otro mayor indicio desta gracia, que es la facilidad y preseteza que tenía, así en el estudio de los sermones como en las cartas que escribía. Porque él me decía que la noche que precedía el día del sermón le bastaba para estudiarlo. Y con ser tales los sermones, y frequentados de tantos oyentes, que las mas veces duraban dos horas, no le costaban mas que el estudio de una noche (de modo que mas tiempo se gastaba en predicarlos que en estudiarlos) costando à otros el trabajo de una

se-

semana, y el revolver unos y otros libros. Mas como se dice del grande Antonio que tenía la memoria por libros; así él tenía por libros en su pecho la lumbre del Spiritu Sancto, que le enseñaba todo lo que avia de decir.

Mas en un tiempo, determinando ser mas breve en los sermones, me decía que estudiaba mas para esto. En lo qual entenderemos que eran tantas las riquezas, y tanta la affluencia de las cosas que su buen espíritu le ofrecía, que tenía necesidad de mas estudio, no para hallar que decir, sino para acortar lo que se le ofrecía que decir. Mas de la eficacia de sus sermones ya dixé que trataríamos adelante; agora dirémos de sus cartas; en las quales no es menos admirable que en los sermones.

De la excelencia de sus cartas.

Y Primeramente como este siervo de Dios (segun que al principio diximos) determinó cumplir lo que el Apostol nos pide, que seamos imitadores suyos como él lo era de Christo (a); viendo él como el sancto Apostol no solo con palabras en presencia, sino con cartas en ausencia, pretendía atraer todos los hombres à Christo; así este humilde discipulo y imitador suyo de ambas cosas se aprovechaba; para que de presente y ausente siempre tratasse este mismo negocio. Y así entre quantos Predicadores uvo en su tiempo, él solo se señaló en esta diligencia, escribiendo tantas maneras de cartas para diversas necesidades, como vemos agora impresas; las quales nunca él imaginó que saliesen à luz, como agora han salido por industria y diligencia de sus fieles discipulos; que de diversas partes las recogieron. Y así como hombre transformado en este deseo de salvar las animas,

en todo tiempo y lugar trataba dél, en casa, y fuera de casa; predicando en publico, y escribiendo en secreto.

Pues en estas cartas vemos la especial facultad y gracia que nuestro Señor le avia dado. Porque siendo tantas y tan diferentes las materias sobre que escribía, quantas eran las necesidades que se le ofrecían; à todas acudia tan de proposito como si en solas aquellas estuviera ocupado. Desta manera consuella los tristes, anima los flacos, despierta los tibios, esfuerza los pusillánimes, socorre à los tentados, llora à los caidos, humilla à los que de sí presumen. Y es cosa de notar ver como descubre las artes y celadas del enemigo! qué avisos dá contra él! qué señales para conocer los hombres su aprovechamiento ò desfallecimiento! cómo abate las fuerzas de la naturaleza! cómo levanta las de la gracia! con qué palabras declara la vanidad del mundo, y la malicia del pecado, y los peligros de nuestra vida! cuán copioso y continuo es en exortarnos à la confianza en la providencia paternal de Dios, y en los méritos y sangre de Christo!

Y como sea verdad lo que el Apostol dice (b), que todas las escrituras sanctas sirven para nuestra doctrina, para que por la paciencia y consolación que nos dán, se esfuerce nuestra esperanza; es cosa para notar quanta eficacia tienen sus palabras para movernos à la paciencia en los trabajos, para alegrar los tristes, y para consolar los desconsolados. En las quales cosas es tan estremado, que puede él en su manera decir aquellas palabras del Propheta (c): *Dominus dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum qui lassus est, verbo*. Quiere decir: El Señor me ha dado una lengua discreta, para que sepa yo con mis palabras sustentar à los flacos; para que no caigan.

Y no contento con esto avisa también à las personas de diversos esta-

dos

(a) *Pub. lib. 8. (b) Cant. 3. (c) Isai. 55.*

(a) *1. Cor. 11. (b) Rom. 15. (c) Isai. 50.*

dos lo que deben hacer; imitando al Apostol que al fin de sus cartas hace lo mismo; y conforme à esto dá sus documentos à los Señores de vassallos para cumplir con la obligacion de sus estados. Assi tambien dá sus avisos à los Sacerdotes, para que dignamente celebren; y à los predicadores, para que fructuosamente prediquen; y à las virgenes desposadas con Christo, para que guarden con todo estudio el thesoro de su pureza virginal; y assi à todos los demas. En lo qual parece que el pecho deste Padre era una espiritual botica, donde el Spiritu Sancto avia depositado las medicinas necessarias para la cura de tantas enfermedades como padescen nuestras animas, que sin dubda son mas que las de los cuerpos.

Y aunque lo dicho sea cosa notable, mas à mi rudeza confieso que espanta mas la facilidad y presteza con que estas cartas se escribian. Porque con ser ellas tales y tan acomodadas, y (si decir se puede) armadas con razones tan fuertes para persuadir lo que pretendia; era tan facil en escribirlas, que sin borrar ni emendar nada (porque no le daban sus ocupaciones lugar) como salian de la primera mano las embiaba. Los hombres de ingenio, quando quieren escribir una cosa bien escripta, le dan mil bueltas, leyendola y releyendola, quitando y poniendo, y pensando cada palabra (del qual trabajo no estaba libre Demosthenes, Maestro de la elocuencia; porque por esto se decia que sus oraciones olian à candelil.) Y con ser esto assi, siendo las cartas deste Padre tales quales avemos dicho, no le costaban mas trabajo que el de la primera mano. Por donde pudiera él en su manera decir aquello del Propheta David (a): Mi lengua es pluma de un escribano que escribe muy apriessa. Lo qual dice, porque assi él como los otros Prophetas (que escribian ins-

pirados por el Spiritu Sancto) no estaban deliberando, ni pensando las palabras; sino como organos suyos abrian su boca, y él meneaba la lengua como le placia. Lo qual en su manera vemos en este siervo de Dios; pues assi le corria la vena de lo que avia de escribir con la facilidad que está dicho.

En las quales cartas se debe tambien notar que como muchas dellas se escribian à grandes Señores, y otras à otros medianos, tambien ay otras escriptas muy de proposito à personas baxas; à las quales con la misma charidad escribia él muy largo, y muy de proposito, segun que la necesidad lo pedia, reconociendo con el Apostol que era deudor à sabios y ignorantes (b). Y siendo condicion natural de los hombres avisados y discretos holgar de hablar con otros tales, y no con personas baxas y groseros entendimientos; este siervo de Dios tan de proposito y tan largo escribia à estos, como à los discretos y grandes señores, como persona que no miraba en los hombres mas que à solo Christo que los redimió con su sangre: de donde les viene la verdadera nobleza; y cuya comparacion toda otra nobleza es nada.

Concluyendo pues esta materia, digo que qualquier hombre prudente que leyere estas cartas, y notare lo que aqui avemos apuntado, que es la variedad de las materias, la alteza de las sentencias, la fuerza de las razones, y lugares de la Escritura con que se tratan, y sobre todo la facilidad y presteza con que se escribieron; luego entenderá que el dedo de Dios intervenia aqui.

Y lo que entre estas cosas mas nos maravilla es, que no solo tenia esta facultad y gracia en la materia de las cosas espirituales, de que él tenia experiencia, sino tambien en las que pertenescen al buen

go-

(a) Psalm. 44. (b) Rom. 1. 14. 1 (a)

Del alteza de sus conceptos.

gobierno de una Republica Christiana; como claramente se vee en una larga carta que escribió al Assistente de Sevilla; en la qual le da tantos avisos y documentos para el buen gobierno della, como si toda la vida uviera gastado en negocios de Republica. Los quales si se guardassen tendriamos una Republica mas bien ordenada que la que trazó Platon. Ni se espante desto nadie; porque del espíritu que este Padre tenia, se escribe que es *Unicus & multiplex* (a). Esto es, que con ser sencillo, es multiplice; porque todas las cosas entiende y penetra por su pureza y sutileza.

Y es de creer que esta facultad y conocimiento alcanzó él por medio de su oracion, que él tenia luego por la mañana, como adelante tratarémos. Y assi vemos cumplido en él lo que el Ecclesiastico dice (b), que el varon justo luego por la mañana entrega su corazon al Señor que lo crió, y que abrirá su boca en la oracion, y pedirá perdón de sus peccados. Y añade luego el fruto desta oracion, diciendo: Porque si el gran Dios y Señor quisiere, henchirlo ha de espíritu de sabiduria; y él assi lleno deste espíritu, derramará como lluvia las palabras de su sabiduria. Y alabarán muchos esta sabiduria, y eternalmente nunca será olvidada. Vemos pues los que oy somos vivos el cumplimiento destas palabras y favores de Dios; pues oimos quando él vivia su doctrina, y agora quan alegre y suave es la memoria dél en los corazones de los que con ella aprovecharon quando lo oyeron, y agora aprovechan, y aprovecharán siempre quando la leyeren.

Tom. VI.

(a) Sap. 7. (b) Eccl. 39.

S. II.

Del alteza de sus conceptos.

Sobre estos indicios tenemos otro mucho mayor y mas digno de ser advertido que los passados, que es la alteza de los conceptos que tenia de las virtudes, y de todas las cosas espirituales. Por donde un insigne Theologo que avia leído algo de sus obras, se maravillaba de vér quan bien avia entendido este varon de Dios el negocio de la Christiandad. Y pensando yo en la causa desto, hallo que la vida muy alta y muy extraordinaria del commun de los otros hombres virtuosos, necessariamente ha de tener los conceptos de las virtudes, y de las cosas divinas mas altos que ellos; porque aya proporcion y correspondencia entre las virtudes y los conceptos de donde ellas proceden; como la que ay entre la imagen que dibuja el pintor, y la forma que él tiene concebida en su entendimiento; porque desta interior (como de causa formal) procede la figura exterior que él dibujó.

Pues para la intelligencia desto (que grandemente nos importa) será necesario referir aqui algunos conceptos suyos, sacados de sus mismas escripturas, y especialmente de sus cartas; y en las quales verémos lo que él sentia de todas estas cosas. Y este es à mi juicio uno de los mayores frutos que desta historia se pueden sacar, si trabajare el deseoso de la perfeccion por tener los mismos conceptos y paresceres en todas las cosas espirituales, que este varon de Dios tenia. Por esta causa no se espante el Christiano Lector que me detenga algo en esta parte, ingiriendo aqui mayores pedazos de sus cartas; porque demas del fruto susodicho, las cosas que aqui entremetemos contienen sentencias dignissimas de ser leidas.

Para la intelligencia desto se ha de presuponer que una de las principales

Kkkk

par-

partes de la Philosophia Christiana es saber estimar y ponderar la dignidad y quilates de todas las cosas espirituales, pesandolas, no con el peso de Canaan, que es el juicio engañoso de los hombres del mundo, que dicen de lo bueno mal, y de lo malo bien; sino con el peso del santuario, que es el juicio de Dios y de sus santos. Los cuales dán à cada cosa su peso, y conforme à él su amor y afficion. Desta gracia se gloria la esposa en los Cantares, diciendo (a) que el esposo avia ordenado en ella la charidad; esto es, que supiesse guardar orden en el amor, amando cada cosa como ella merecía ser amada. Lo qual no podia ser sino dandole conocimiento del valor y precio de las cosas, para que así las preciase y guardasse el amor que à cada una se debe dar. Lo qual importa tanto para el estudio de la virtud, que dixo Seneca: *Quid tam necessarium, quam pretia rebus imponere?* Esto es: Qué cosa ay tan necesaria como saber el precio y valor de cada cosa?

Pues volviendo al proposito, digo que uno de los mayores indicios que tenemos de aver recibido este siervo de Dios especial lumbré del Spiritu Sancto, es la alteza de los conceptos y paresceres que tenia, assi de las virtudes como de todas las cosas espirituales. Lo qual veremos à la clara, notando algunos conceptos que él tenia destas cosas, explicados por las mismas palabras que leemos en sus escripturas; que aquí referirémos.

§. III.

Lo que sentia del officio de la predicacion.

Pues comenzando por la estima y concepto que él tenia del officio de la predicacion; lease la primera carta del primer Tomo de su Epistolario; y

en ella se verá la estima que él tenia de la alteza deste officio, y de la pureza de la intencion que en él se debe tener; y las oraciones y lagrimas de que el Predicador se ha de ayudar, pidiendo à nuestro Señor la conversion de las animas (haciendo mas caso destas que de sus palabras) y el cuidado, y trabajo, y paciencia que ha de tener en criar y conservar los hijos espirituales, que con la semilla de la palabra de Dios uvieren engendrado; y el sentimiento y dolor entrañable que ha de tener quando algunos destes viere caidos: Pues quien esta carta leyere y notare, verá quan leños están deste espíritu muchos de los que exercitan este officio. Los quales aunque quando están para subir al pulpito hacen oracion para que les suceda bien el negocio; mas Dios sabe de que espíritu procede esta oracion, si del amor proprio y temor del mundo, ò del amor de Dios y deseo de salvar las animas. Porque este amor proprio que dentro de nuestro pecho traemos es tan sutil, que en todas las cosas se entremete, y tan escondidamente, que apenas ay quien lo conozca; y muchas veces miente y engaña à su mismo dueño, como dice Sant Gregorio.

Pues el Predicador que quisiere entender muy de raiz la alteza deste officio, que sirve à la salvacion de las animas, para la qual crió Dios todas las cosas; y él mismo se hizo hombre, y murió por ellas; y exercitó en la tierra este mismo officio (cuyo sustituto y como Vicario es el Predicador) lea y pondere esta primera carta, y tendrá el concepto y juicio que deste tan alto officio se debe tener; porque cierto ella es dignissima de ser leida.

§. IV.

Lo que sentia de la dignidad del Sacerdocio.

Assemos de la dignidad del Predicador à la del Sacerdote, y veremos quan diferente concepto y estima tiene este Padre de la dignidad Sacerdotal, de la que el commun de los hombres tiene. Lo qual declara él muy bien en la septima carta del dicho Tomo, respondiendo à un mancebo que le pedia consejo sobre si tomaria Ordenes de Missa: cuyas palabras quise referir aqui, que son las que se siguen.

En otros tiempos, quando se estimaba el Sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibia nadie, sino era para ser Obispo, ò tener cura de animas, ò alguna persona eminente en la predicacion de la palabra de Dios; y los demas que eran Ecclesiasticos quedaban en ser Diaconos, ò Subdiaconos, ò de los otros grados mas bajos. Y entoncez tenían grados bajos y vida altissima; todo lo qual está agora al revés; que los que tienen el grado supremo del Sacerdocio no tienen vida para buenos Lectores, ò Hostiarios. Creed, hermano, que no otro sino el diablo ha puesto à los hombres destes tiempos en tan atrevida soberbia de procurar tan rotamente el Sacerdocio; para que teniendo subidos en lo mas alto del templo, de allí los derribe; porque la enseñanza de Christo no es esta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y buir de la dignidad, y buscar mas sancta y segura humildad (aun en lo de fuera) que ponerse en lo alto, à donde mas y mayores vientos combaten.

O si supiesseis, hermano, que tal avia de ser un Sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir quando salga de aqui! No se puede explicar con palabras la sanctidad que se requiere para exercitar officio de abrir y cerrar el cielo.

Tom. VI.

lo con la lengua; y al llamado della venir el bacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo universo, à semejanza de nuestro Maestro y Redemptor Jesu-Christo en la cruz. Hermano, para qué os quereis meter en tan hondo pielago, y obligaros à cuenta estrecha para el dia postrero; pues por baxo estado que tengais, aun os parescerá aquel dia gran carga; quanto mas si os cargais de carga que los hombros de de los Angeles temblarian della?

Buscad aquel modo de vivir que más segura tenga vuestra salvacion, y no que mas honra os dé en los ojos de los hombres; que al fin este consejo os ha de parescer bien algun dia à vos, y à quantos lo contrario os dixeren. Los quales como no saben qué cosa es ser Sacerdote, y como tienen los ojos puestos, no en la cuenta que se ha de pedir, sino en como vean un poco bonrado en los ojos del mundo à su hermano, primo, pariente, ò amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso, y paresceles que quedan ellos en salvo, y que el otro allá se lo aja con Dios. Consejo es; hermano, este averiguadamente de carne. Y de aqui vienen muchos à tomar y hacer tomar este sacrosancto officio por tener un modo con que mantenerse, y hacerse entender que lo quieren para servir à Dios.

O abusion tan grande de evangelizar y sacrificar por comer, ordenar el cielo para la tierra, y el pan del alma para el del vientre! Quécase desto Jesu-Christo nuestro Redemptor (a), porque no le buscan por él sino por el vientre dellos; y castigarles ha como à hombres despreciadores de la Magestad divina. Cierto mejor seria aprender un officio de manos, como muchos sanctos de los passados lo hicieron, ò entrar en un Hospital à servir à los enfermos, ò hacerse esclavo de algun Sacerdote, y assi mantenerse, que con osadia temeraria atreverse à hollar el cielo para passar à la tierra, estandonos mandado por nuestro

tro Dios y Señor lo contrario. *Veis aquí, hermano, lo que os aconsejo que hagáis, si queréis agrandar à Dios, y permanecer en su santo servicio.*

Y esto es lo que siento del santo Sacerdocio; al qual querría mas que reverenciassedes de lexos, que no abrazassedes de cerca; y que quisiessedes mas esta dignidad por señora que por esposa. Y si algo uvieredes de hacer, sea tomar grado de Epistola, y despues de dos ò tres años de Evangelio, y quedaos allí sino uviere unas grandes conjeturas del Spiritu Sancto, que es Dios servido levantaros al grado mas alto. Y estais muy bien donde estais sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con quanto tiene el que os combida con ella. Sabed conocer la dignidad de los enfermos à quien servís, y sabed llevar las condiciones de aquellos con quien tratáis, y haced cuenta que estais en escuela de aprehender paciencia, y humildad, y charidad, y saldreis mas rico que con quanto el Papa os puede dar.

Hasta aquí son palabras de la carta: en las quales se ve claro quan diferente concepto y estima tenia este Padre de la dignidad Sacerdotal, de la que los hombres agora tienen; los quales tan sin escrupulo y aparejo procuran esta dignidad como si fuesse algun officio mecanico; mas para buscar mantenimiento para sus cuerpos, que remedio para sus animas. Y qual es la entrada en este Sanctuario, tal es la devocion y reverencia con que lo tratan.

A algunos por ventura parecerá riguroso este parecer, tomando para esto por argumento la costumbre de los tiempos presentes; mas este Padre pesa las cosas con el peso del Sanctuario (que diximos). esto es, con la estima que desta dignidad tuvieron los santos antiguos, por cuyo parecer él se regia, y no por el que la malicia ò la mudanza de los tiempos tiene. Sant Cyprianó en una de sus Epistolas declaró al pueblo que avia he-

cho Lector á un mancebo; porque avia sido muy constante en la confession de la fé en medio de los tormentos; y por esto se escusa de no aver tomado su parecer para esto, como era costumbre, diciendo que no era necesario el testimonio y aprobacion de los hombres, donde entrevenia el de Dios. Digo pues que si para dar à uno grado de Lector (que es de las Ordenes mas baxas) tanto consejo era menester; qué será necesario para la dignidad de Sacerdote; la qual recusó Sant Marcos Evangelista, y el Glorioso Padre San Francisco, y aceptó Sant Augustin, mas no por su voluntad, sino forzado por obediencia de su Obispo? Pues por el parecer destes se gobernaba este Padre, y no por el juicio y estilo de los tiempos.

§. V.

Lo que sentia del aparejo para celebrar.

Visto quan altamente siente este siervo de Dios de la dignidad Sacerdotal, signese que veamos lo que siente del aparejo para celebrar. En lo qual tambien podrémos entender como él se aparejaba para este officio; pues es cierto que un tal varon no avia de enseñar à otros lo que él no hacia; antes es de creer que excedia él mucho en lo que à los otros aconsejaba. Y esta consideracion pertenesce à la historia de las virtudes y vida deste religioso Padre, de que aquí tratamos; y assi con las mismas palabras que él enseñaba à otros, entenderémos lo que él tomaba para sí. Y en este exemplo verán los Sacerdotes temerosos de Dios, de la manera que se han de aparejar para celebrar. Pues en la septima carta del primer tomo de su Epistolario, entre otras cosas enseña à un Sacerdote de la manera que se debe aparejar para decir Missa, por estas palabras:

Sea (dice él) la primera regla, que en recordando de noche del sueño, le

pa-

parezca que oye en sus orejas aquella voz (a): Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Y pues el aver de recibir à un amigo, especialmente si es gran señor, tiene suspenso y cuidadoso al que lo ha de recibir; quanto mas razon es que del todo nos ocupe el corazon este buespied, que aquel dia hemos de recibir, siendo tan alto, y tan à nosotros conjunto, que es adorado de Angeles, y hermano nuestro? Y con esta consideracion rece sus horas, y despues pongase de reposo, à lo menos por hora y media, à mas profundamente considerar quien es el que ha de recibir: y espantese de que un gusano bediando aya de tratar tan familiarmente à su Dios, y preguntele: Señor, quien te ha traído à manos de un tal peccador, y otra vez al portal y pesebre de Bethlehem? Acuértese de Sant Pedro, que no se halló digno de estar en una navetica con el Señor. El Centurion no le osa meter en su casa. Y otras semejantes consideraciones, por las quales aprehenda à temer hora y obra tan terrible, y à reverenciar à tan gran Magestad. Piense que esto es un traslado de la vida y muerte del Salvador, y de aquella obra quando el Padre Eterno embió à su Hijo al vientre virginal para que salvasse el mundo. Y assi viene agora à aplicarnos la medicina y riquezas que entonces nos ganó en la cruz. Luego suplique à nuestra Señora por el gozo que uvo en la encarnacion, que le alcance gracia para bien recibir y tratar al Señor que ella recibió en sus entrañas. Acabada la Missa, recojase media hora, ò una, y dé gracias al Señor por tan gran merced de aver querido venir à establo tan indigno. Pidale perdon del ruin aparejo, y supliquele le haga mercedes, pues suele él dar gracia por gracia.

Hasta aquí son las palabras de la primera carta; mas en otra antes desta prosigue la misma materia, enseñando à un Sacerdote la manera des-

te aparejo. Y assi le dice que la primera cosa que debe considerar, es mirar que aquel Señor con quien vamos à tratar es Dios y hombre, y junto con esto considerar la causa porque al altar viene. Cierto, Señor, efficacissimo golpe es para despertar à un hombre, considerar de verdad; à Dios voy à consagrar, y à tenerlo en mis manos, y hablar con él, y à recibirlo en mi pecho. Mirémos esto, y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester para hacer segun nuestra flaqueza lo que en este officio debemos. Quién no se enciende en amor con pensar; al bien infinito voy à recibir? Quién no tiembla con amorosa reverencia de aquel de quien tiemblan los Poderes del cielo? Y no solo de offenderle, sino de hablarle y servirle? Quién no se confunde y gime por aver offendido à aquel Señor que presente tiene? Quién no confia con tal prenda? Quién no se esfuerza à hacer penitencia por el desierto con tal viatico? Y finalmente esta consideracion, quando anda en ella la mano de Dios, totalmente muda y absorve al hombre, y le saca de sí, ya con reverencia, ya con amor, ya con otros afectos poderosissimos, causados de la consideracion de su presencia; los quales aunque no se sigan necesariamente desta consideracion, nos son fortissima ayuda para ello; si el hombre no quiere ser piedra, como dicen. Y encierrese dentro de su corazon, y abralo para recibir aquello que de tal relampago suele venir. Y pida al mismo Señor, que por aquella bondad misma, que tal merced le hizo de ponerse en sus manos, por aquella misma le dé sentido para saber estimarlo; y reverenciarlo, y amarlo como es razon.

Y luego mas abaxo dice: *O Señor, y qué siente un anima quando ve que tiene en sus manos al que tuvo nuestra Señora; elegida y enriquecida con celestia-*

tia-

tales gracias, para tratar à Dios bumanado, y coteja los brazos della, y sus manos, y sus ojos, con los propios? Qué confusión le cae? Por qué obligado se tiene con tal beneficio? Quánta cautela debe tener en guardarse todo para aquel que tanto le honra en ponerse en sus manos, y venir à ellas por las palabras de la consagración? Estas cosas, Señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas arrojadas del poderoso arco de Dios, que bien y tras mudan el corazón, y le hacen desear que en acabando la Missa se fuese el hombre à considerar aquella palabra del Señor: Scitis quid fecerim vobis? (a) O Señor, quién supiese quid fecerit nobis Dominus en esta hora? Quién lo gustasse con el paladar del anima? Quién tuviese balanzas no mentirosas para pesarlo? Quán bienaventurado sería en la tierra? Y cómo en acabando la Missa le sería gran asco ver las criaturas, y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando Quid fecerit ei Dominus, hasta otro día que tornasse à decir Missa.

Concluyamos ya esta plática tan buena, y tan propia de ser obrada y sentida, y supliquemos al mismo Señor que nos hace una merced, nos haga otras, pues dadas suyas, sin ser estimadas, y agradecidas, y servidas, no serán provechosas. Antes, como Sant Bernar-do dice, el ingrato Eo ipso pessimus, quo optimus: quanto es mejor, es pessimo. Vide, serm. contra ingratiud. Mirémos todo el día como vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos; y traygamos todo el día este pensamiento: Al Señor recibí, à su mesa me assenté, y mañana estaré con él; y con esto huirémos todo mal, y nos esforzaremos al bien.

Hasta aquí son palabras de la carta: las cuales nos declaran por una parte lo que este varon de Dios sentia del aparejo para tratar este tan alto Sacra-

mento; y por otra nos da materia para llorar, considerando con quan diferente aparejo celebra el día de oy la mayor parte de los Sacerdotes. Y pues por falta deste aparejo y reverencia dice el Apostol (b) que castigaba Dios à los fieles de Corinto; y no es maravilla que por esta misma culpa castigue oy Dios con tantos azotes al pueblo Christiano; pues los que tienen por officio aplacar à Dios, y offrescerle sacrificio por los peccados del pueblo, lo hacen de tal manera que han menester quien aplaque à Dios por ellos; y assi viene à cumplirse lo que amenaza Dios por su Propheta, diciendo (c): Busqué entre ellos algun varon que entreviniesse por ellos, y me fuesse à la mano para que no destruyesse la tierra, y no le hallé: y por esso derramé sobre ellos mi ira.

§. VI.

De la charidad y amor para con los proximos.

MA porque el fin, assi desta historia como de todas las escripturas Catholicas, es inducir los hombres al aborrecimiento de los vicios y amor de las virtudes; de algunas destas comenzaremos agora à tratar, declarando los conceptos que este siervo de Dios tenia dellas, estimandolas diferentemente de lo que el commun de los hombres las estiman. Lo qual tratamos aqui, no solo por entender los conceptos y pareceres deste Padre, sino para imitarle, sintiendo de las cosas lo que él sentia: dice que en la charidad consiste la summa de toda la ley.

Pues para cumplir con lo que nos pide esta virtud, nos provee este Padre de dos consideraciones en el libro de Audifilia; la una de las cuales procede de mirar el hombre à sí, y la otra de mirar à Christo. La primera se funda en aquella palabra del Ecclesiástico que dice (d):

De

De lo que quieres para tí; entiendo lo que debes hacer para con tu proximo. Pues desto que passa en el hombre, assi en sentir sus trabajos, como en desear los remedios, aprenda y conozca lo que el proximo siente; pues es de la misma naturaleza del, y con aquella misma compassion los mire, remedie, y suffra, con que mira à sí mismo, y desea ser remediado. Porque de otra manera, qué cosa puede ser mas abominable, que querer misericordia en sus yerros, y venganza en los agenos? querer que todos los sufran con mucha paciencia, pareciendole sus yerros pequeños, y no querer él sufrir à nadie, haciendo de la pequeña mota del defecto ageno una grande viga? Hombre que quiere que todos miren por él y le consuelen, y él ser desabrido y descuidado para con los otros, no merece llamarse hombre; pues no mira à los hombres con ojos humanos, que deben ser piadosos. La Escripura dice (a): Tener peso y peso, medida y medida, abominacion es delante de Dios. Para dar à entender que quien tiene una medida grande para recibir, y otra pequeña para dar es desagradable ante los ojos divinos; y su castigo será, que pues él no mide à su proximo con la misericordia que quiere que midan à él, que mida Dios à él con la crueldad y estrecha medida que él midió à su proximo. Porque de otra manera oír lo que la Escripura dice (b): Quien cerrare el oído à la voz del pobre, él llamará y no será oído. Pobre es todo hombre, y no ay quien no tenga alguna necesidad: miremos pues si nos hacemos sordos à ella, que assi se hará Dios à la nuestra. Ni piense nadie que le medirá Christo con otra medida que con la que à su proximo midiere; no piense alcanzar perdon quien no da perdon. Desgracia hallará el desgraciado; y pesadumbre el pesado, y injuria el injuriador, y charidad el cha-

ritativo. Porque sembrar espinas en el proximo, y querer coger de Dios hijos, no es possible. Y porque muchos no miran esto, ay pocos que suavemente sean tratados de Dios, y muchos quexosos que Dios se olvida de remediar sus penas; maravilláense como Dios les embia trabajos de dentro y de fuera; mayormente llamándose misericordioso; los quales llaman, piden, buscan, y no hallan remedio, y de ahí les viene la quexa; mas si no fuesen sordos à la ley que Dios en su Evangelio tiene publicada, diciendo (c): Con la medida que midieredes seréis medidos; verían que ellos son los que faltan à Dios, y no Dios à ellos. Quexense de sí, que no tienen charidad con su proximo, que Dios mucha tiene; y no es razón, ni quiere hacerla con quien à su proximo no la hacen.

Despues deste motivo de amor que nasce de mirar el hombre à sí mismo, añade dos Christianissimas consideraciones, que proceden de mirar à Christo; de las quales trata en el cap. 95. y 96. del dicho libro. Pues quanto à la primera destas consideraciones dice assi: Poned los ojos en Christo, y pensad con quanta misericordia se bizo el hijo de Dios hombre por amor de los hombres; y con quanto cuidado procuró en toda su vida el bien dellos; y con quan excessivo amor y dolor offresció en la cruz su vida por ellos. Y assi como mirándoos à vos, mirastes à los proximos con ojos humanos; assi mirando à Christo; los mirareis con ojos Christianos: quiero decir, con los ojos que él los miró, &c. cap. 95.

Despues desta consideracion primera, que procede de mirar à Christo, añade otra no menos admirable que la pasada, sacada tambien de mirar al mismo Christo; en la qual dice assi: Aunque sea verdad que de los bienes que nuestro Señor hace à un hombre, no busca ni quiere retorno (pues

(a) Prov. 20. (b) Prov. 21. (c) Matth. 7.

lé de nada tiene necesidad, y por pura bondad hace todo lo que hace, mas el retorno que quiere es para los proximos, que tienen necesidad de ser estimados, amados, y socorridos. Esta consideracion prosigue aun mas altamente, à mi juicio, que la pasada en el cap. 96. del dicho libro, adonde remito al Cristiano Leñor; el qual va impresso con este tratado, por aver parecido que da testimonio de nuestro Predicador como obra tan admirable suya.

§. VII.
De la virtud de la penitencia, y dolor de los peccados.

Despues de la charidad se sigue que tratemos del dolor de los peccados, que son muerte de essa misma charidad; porque como la sombra sigue al cuerpo, assi el dolor de la ofensa viene del amor del offendido, y crece y descrece con él: porque mientras uno mas ama, mas le pesa por aver offendido al que ama.

Pues cómo aya muchas cosas que nos muevan al dolor y aborrescimiento de los peccados; una de las mas principales es considerar que ellos pusieron al hijo de Dios en la cruz; porque si no uviera peccados, no padesciera él lo que padesció. Mas para inteligencia desto se debe presuponer que el Padre Eterno, por las entrañas de su infinita bondad y misericordia, pudiendo remediar al mundo por otros muchos medios, si quisiera, escogió el mejor de todos, que fue determinar que su Unigenito Hijo fuesse nuestro Redemptor, y sufficientissimo reparador y remedador de todos nuestros males: el mayor de los quales era estar enemistados con él.

Pues la primera y principal obra deste reparador era reconciliarnos con su Padre: y esta reconciliacion avia de ser satisfaciendole en rigor de justicia con el sacrificio de su passion, por todas las deudas y ofensas del linage humano. Y porque estas deudas, demas de

ser gravissimas, por ser contra Magestad infinita, eran tambien ellas (quanto es de parte de la especie humana) por tantos beneficios obligadas à penas gravissimas, y quiso él padecer gravissimos dolores y injurias, para que fuesse mas copiosa esta satisfacion. Supuesto este fundamento, procede la fuerza desta consideracion, como este Padre la escribió à un Señor, exhortandole al dolor y a repentimiento de los peccados, por estas palabras:

Y si V. S. pregunta: qué pensaré para que me dé gana de llorar mis peccados? dígole yo que lo principal sea, que por lo que él hizo mataron à su Padre, que es Christo. No sé yo qué hijo avria, que por una cosa que uviese hecho, viese tanto mal à su Padre, que le quitassen la hacienda, y la casa, y la ropa, dexandale desnudo en camisa, y despues le deshonrassen, y difamassen con extremo abatimiento, y no parasse en esto el negocio; mas le azotassen, y atormentassen, y despues matassen, y todo esto por lo que el hijo hizo. No sería el hijo tan malo; por malo que fuesse, que no le penasse en el corazon lo que avia hecho; pues pudiera ligeramente escusar por donde tanto mal le vino à su Padre.

Digame, Señor, quién empobreció à Christo? quién lo deshonró? quién lo azotó? quién lo coronó, y crucificó? Por ventura bizolo otro que nuestro peccado? To le affligió y enristeció con mis malos placeres: yo le deshonré por ensalzarme malamente: los deleytes que yo en mi cuerpo tomé pararon tal à él su cuerpo atado à una columna; y porque yo quise vivir vida mala, perdió él su vida buena. Pues cómo tendremos alegría aviendose hecho tan mala obra à quien tantas buenas nos hizo? Por qué toda criatura no avia de vengar los males que contra el Criador hicimos? No se puede eobar, Señor, mas carga ni mayor sobre nuestros bombros para hacernos llorar y aborrescer los peccados, que decirnos que padesció Christo por ellos lo que padesció. No ay cosa que assi nos humille y nos haga esti-

mar

mar en poco, como sáber que fuimos causa de la muerte de nuestro Señor. O quién lo supiera antes que uviera peccado, para morir antes que peccar!

Pensabase el bijuelo que no hacia nada en lo que hacia. Despues vino à pesar tanto, que el mismo Dios se puso en la cruz por el contrapeso que el peccado hacia. Cómo podemos mirar al Padre que nosotros pusimos por nuestras locuras en tan grandes trabajos; y cómo este Padre nos quiere mirar, y no nos aborresce como à deshonradores dél, y verdaderos parricidas, y que merecen, no qualesquier tormentos, mas muy crueles? O divina bondad, y hasta donde llegas! Espantamonos que estando en la cruz rogaste por quien en ella te puso, y deseaste el bien de quien tantos males te hacia. Yo digo que no solo con estos te mostraste benigno, mas con todos los del mundo biciste lo que con aquellos. Porque si por los que te crucificaron rogaste, todos te crucificamos: y aquellos pocos, y todos te debemos aquella oracion, y quizá algunos mas que los ignorautes sayones que presentes allí estaban crucificandote.

Todos, Señor, conspiramos en tu muerte, y à todos conviene lo que dices, que no saben lo que hacen. Quién, Señor, tan mal te quisiera, que si supiera que el fruto de sus malos placeres tan caro avian de costar à tu Real Magestad, no rebentára antes que ponerte en aprieto tan grande? Perdona, Señor, perdona, que no supimos lo que hicimos; y agora que nos lo has declarado, enseñandonos en tu santa Iglesia que por peccados moriste, y que lo que burlando yo hice, tu lo pagas tan de veras; con todo esso à sabiendas reiteramos la causa de tu muerte penosa. No es razon, Señor, que queramos bien à quien à nuestro Padre mató: y pues los peccados te mataron, aborrecellos tenemos, si amamos à tí. David dice (a): Los que amais al Señor aborreced la maldad; y

Tom. VI.

tiene razon, porque peccado y Dios, vados son contrarios, y es imposible contentar à entrambos. Escója el hombre de qual quiere ser, que es imposible ser de entrambos. Porque qualquiera dellos quiere servidores leales, y que por ellos maeran.

Qué escogerémos, Señor? El cieno de los algives rotos, ò la vena de las aguas vivas? Señor, qué escogerémos, ser malos con el mundo, ò buenos con Dios? Qué escogerémos, buscar privanzas de criaturas, ò del Criador? arder con los demonios en el infierno, ò reynar con Dios en el cielo? O hijos de Adán, hasta cuándo seréis de corazon pesado (b)? Y convidandoos Dios con la verdad, que para siempre ha de durar, y hace durar à los de su vando, queréis seguir la vanidad, que hace parar en nada à los de su vando? Hasta cuándo cocqueareis à una parte y à otra, ya siendo de un vando, ya de otro? Seguid el uno, y sea el de Dios; porque él solo basta à hacer dichosos à los que le sirven. Ya Christo ha muerto al peccado; por qué seguís vando de muerto, y queréis dar vida à vuestro capital enemigo? No améis al peccado, y no vivirás; mas trabajad de lo desbaced con dolor y penitencia; para que se desbaga el mal que hicisteis amandolo.

Hasta aqui son palabras de la carta, en las quales hallará el verdadero penitente un poderoso motivo para aborrescer el peccado, y tener entrañable dolor dél.

Otro motivo no menos eficaz escribe él à un Sacerdote, diciendole que supplique à nuestro Señor le haga merced de descubrirle los demeritos de su processo, y le haga entender quién ha sido él en la vida pasada para con Dios, y quién Dios para con él. Esto es, qué bienes ha recibido de Dios, comenzando desde que nació, y qué mal ha respondido à ellos. El qual pensamiento quando viene del espíritu huma-

LIII no,

(a) Psalm. 96. (b) Psalm. 4.

no, solamente hace entristecerse el hombre un poco; mas quando viene del espíritu de Dios, es tan lucido, y hace ver al hombre en sí tal indignidad, que le parece milagro sufrirlo la tierra; y causale grande admiracion, creyendo lo que la fé enseña: y tiene tan grande enojo contra sí mismo por aver assi vivido, que si no fuesse por offender al Señor, pondria las manos en sí mismo; y desea que todas las criaturas venguen la injuria hecha al Criador. Lo que aqui se siente quando Dios descubre al hombre en qué quilates debe estimar lo que ha hecho, no se puede decir; porque es por espíritu sobre humano.

Hasta aqui son palabras de la carta; en las quales se debe notar que este sentimiento y dolor de los peccados; unas veces viene del espíritu humano, y otras del espíritu divino; porque es muy familiar doctrina deste Padre, en muchos lugares explicada, que los sentimientos y afectos devotos que tenemos, unas veces proceden de nuestro buen espíritu, quando hacemos lo que es de nuestra parte: mas otras veces proceden de un especialissimo auxilio y tocamiento del Spiritu Sancto; el qual es de tan grande virtud y eficacia, que sobrepuja tanto todos los otros sentimientos que por otra parte vienen, que no lo podrá entender sino quien lo ha experimentado.

§. VIII.

De la verdadera humildad y conocimiento de sí mismo.

Son muy hermanas entre sí la humildad y la penitencia: y assi son los humildes y los penitentes; porque los humildes reconocen sus peccados; mas los penitentes los lloran: aquellos se humillan ante Dios por ellos; mas estos piden humildemente el perdon dellos. Y por esta causa (aunque no estoy en esta

escriptura obligado à guardar orden en las materias que se tratan, sino declarar lo que este siervo de Dios siente en ellas) despues de aver declarado lo que él siente de la virtud de la penitencia y dolor de los peccados, apuntaré en breve lo que siente de la virtud de la humildad, segun lo pude colegir de sus escripturas. Y tiene él esta virtud por tan esencial y tan necesaria para nuestra vida, que viene à determinar que casi todas las tentaciones y ceguedades espirituales, y ausencias y desamparos de nuestro Señor, y aun algunas caidas son por él permitidas ò enderezadas à fin de hacernos verdaderos humildes: no teniendo por cosa indigna comprar esta joya por tan caro precio. Y es tan propria esta virtud de la Religion Christiana, y estuvo tan lexos de ser conocida de los Philosophos, que ni el nombre della se halla en sus escripturas.

Mas este siervo de Dios, que tenia otra lumbrera mas alta, ninguna otra virtud mas veces (como dixé) encomienda en sus escripturas. Donde veremos la contradiccion que ay entre la doctrina de los Philosophos y la deste Padre. Porque los Philosophos, y los Hereges Pelagianos discipulos dellos, ensalzan quanto pueden las fuerzas y virtud de la naturaleza humana: mas por el contrario, todo el estudio deste Padre es abatirlas, declarando la flaqueza y malicia del corazón humano, llamandolo un abysmo profundissimo que solo lo conoce aquel Soberano Señor de quien se escribe (a) que estando sobre los Cherubines, desde este lugar tan alto alcanza à vér lo mas profundo de todas las cosas criadas, y señaladamente la malicia de nuestros corazones: como él lo declaró por Hyeremias, diciendo (b): Malvado es el corazón del hombre, y quién lo conocerá? Yo que soy Dios, y escudriño lo intimo y mas secreto dellos. Lo mismo nos declara el

Ec-

Ecclesiastico: el qual tratando de la profundidad de la sabiduria de Dios, entre otras alabanzas suyas dice (a) que penetró y entendió lo que avia en el abysmo, y en el corazón del hombre. En la qual combinacion del abysmo y corazón humano comprehendió en estas dos palabras la profundidad de la flaqueza y malicia de nuestro corazón, comparandolo con el abysmo. Y en otro lugar declarando mas la grandeza desta malicia, dice (b): Qué cosa mas mala que lo que piensa la carne y la sangre? Esto es, qué cosa peor que los pensamientos y deseos del corazón humano, desamparado de la divina gracia; que es donde no ay mas que carne y sangre? Y en consecuencia desto dice en otro lugar (c): Qué cosa ay entre todo lo criado mas mala que el ojo del hombre? Esto dice, porque este es el portero de nuestro corazón, y el que le da materia para todas las cobdicias y maldades que en él se forjan.

Pues bolviendo à nuestro proposito, en el conocimiento desta flaqueza y miseria de nuestro corazón se funda en parte la virtud de la humildad; la qual (como Sant Bernardo dice) (d) es desprecio de sí mismo, el qual procede del verdadero conocimiento de sí mismo. Esta virtud faltó à aquel Angel que fue criado tan hermoso. Por lo qual dice dél nuestro Salvador (e) que no estuvo en la verdad (que es en la verdadera estima y conocimiento de sí mismo) y por esto dió tan gran caída, que del mayor de los Angeles (segun la opinion de Sant Gregorio) fue hecho el mayor de los demonios: y escarmentando en la cabeza deste nos aconseja este Padre que estemos en espíritu de verdad: y qual sea este espíritu declara él en una carta suya por estas palabras:

Qual es el espíritu de verdad, si no el que hace que el hombre se descontente y se parezca mal, y de entrañas y de
Tom. VI.

corazón se parezca feo y abominable, y se espante como Dios lo sufre sobre la tierra? Esta es la verdad en que avemos de vivir; y sin esto en mentira vivimos. Y algunas veces quanto mas bien parece que tenemos, estamos peores, faltandonos esto. Porque confiando en esto y en otras cosas, parecemos que somos algo; y no es assi delante de los ojos de aquel que mira los corazones y dice (f): Nombre tienes de vivo, y estás muerto. Nombre tiene de vivo quien no cae en los peccados que el mundo condena por malos; mas si cae en los que el juicio de Dios condena, que aprovecha que el mundo absuelva al que el juicio de Dios condena? No sabe el mundo tener por malo, ni castiga à uno que se parece bien à sí mismo, y se contenta de sí con soberbia. Mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede à sí mismo, como si llegasse un perro muerto à sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante de los ojos de su Criador, como quien estuviesse delante de un juez de acá, aviendo hecho un feo delito.

Hasta aqui son palabras desta carta: en la qual no trata de proposito, sino como de passo, de la virtud de la humildad. Mas en estas pocas, junto con las que antes destas precedieron de la virtud de la penitencia y dolor de los peccados, verá el Christiano Lector quan altamente sentia este varon de Dios, lo que pertenesce à la fineza desta virtud.

Mas es aqui de saber que aunque lo proprio de la humildad sea despreciarse el hombre, y tenerse en nada; pues quanto es de su parte nada es; mas este desprecio y desestima de sí mismo, que está en la voluntad, procede del conocimiento de su baxeza y vileza, que está en el entendimiento. Y porque desta raíz nasce la flor hermosissima desta virtud, siguese que veamos quan

LIII 2 per-

(a) Psalm. 79. & 98. (b) Hier. 17.

(c) Eccl. 42. (d) Eccl. 17. (e) Eccl. 31. (f) D. Bern. de duodecim gradib. humilitat. in commun. (g) Joan. 8. (h) Apoc. 2.

perfectamente siente este Padre desta baxeza y miseria del hombre. Porque quanto mayor fuere este conocimiento, tanto será mas profunda la raíz y fundamento de la humildad.

Pues en una carta suya por un singular modo declara primeramente la necesidad que tenemos deste proprio conocimiento. Lo uno para la reverencia que à Dios debemos; al qual ave-mos de mirar con verguenza, tenien-donos por indignos dello. Lo otro por-que quando un hombre se olvida de sí, luego se engrie, y como no ve sus fal-tas, pierde el peso del temor santo, y hacese liviano, como nao sin lastre, que pierde las anhoras en tiempo de tempestad: cuyo fin es ser llevada acá y acullá, hasta ser perdida. Nunca vi seguridad de anima sino en el conoci-miento de sí mismo. No ay edificio se-guro, sino es hecho sobre hondo cim-iento. Y es tiempo muy bien emplea-do el que se gasta en reprehenderse à sí mismo. Cosa muy provechosa pa-ra nuestra emienda examinar nuestros yerros.

Qué cosa es el hombre que no se conoce y examina, sino casa sin luz, hijo de viuda mal criado, que por no ser castigado se hace malo; medida sin medida y sin regla, y por esso es falsa; y finalmente, hombre sin hom-bre? pues quien no se conoce, ni se puede regir como hombre, ni se sabe ni se posee à sí mismo; y como sepa dar cuenta de otras cosas, de sí mismo no sabe parte ni arte. Estos son los que olvidados de sí tienen mucho cuidado de mirar vidas ajenas, olvidando las suyas; porque como las ajenas sean dellos mas de continuo y mas de cerca miradas, parecen mayores que las suyas, que las miran de lexos; y assi (aunque grandes) parecenles peque-ñas: de lo qual vienen à ser rigurosos y mal sufridos; porque como no miran su flaqueza propia, no han compa-

sion de la aena. Nunca vi persona que se mirasse, que no le fuesse lige-ro sufrir qualquier falta aena. Si algu-no maltrata al que cae, testimonio da de que no mira sus propias caídas. De manera que si queremos huir desta ceguedad tan dañosa, convienenos mirar y remirar lo que somos, para que viendonos tan miserables, camine-mos por el remedio al misericordioso Jesus; porque él se dice Jesus, que es Salvador no de otros por cierto, si-no de los que conocen sus propias miserias, y las gimen y reprímen; ò no pudiendo, desean recibir los santos Sacramentos: y assi son curados y salvos.

Y aunque para conocer à nosotros mismos ayan hablado muchas y muchas cosas Dios y los santos: mas quien quisiere mirar lo que en sí mismo pasa, hallará tantas para desestimarse, que de espanto de su abismo diga: No tienen cabo mis males. Quién ay que no aya errado en lo que mas quisiera acertar? Quién no ha pedido cosas, y aun buscadolas, pensando de serle provechosas, que despues no aya visto que le han traído daño? quién podrá pre-sumir de saber pues innumerables ve-ces ha sido engañado? Qué cosa mas ciega que quien aun no sabe lo que ha de pedir, à Dios? como dice Sant Pa-blo (a), que pidiendo à Dios le quitas-se un trabajo, pensando que pedia bien, le fue dado à entender que no sabia lo que pedia, ni lo que le cumplia. Quién se fiará de su deseo y parecer, pues aquel en quien moraba el Spiri-tu Sancto pide lo que no le cumple al-canzar?

Grande por cierto es nuestra igno-rancia, pues innumerables veces erramos en lo que nos conviene acer-tar. Y yá que una vez Dios enseñe lo bueno, quién no verá quan flaca es nuestra naturaleza, y como da-mos de rostro en lo que vemos, que

era

era razon que nó cayéramos? A quién no ha acaescido proponer muchas ve-ces el bien, y averse caído y vencido en lo que pensó mas verse en pie? Oy lloramos nuestros peccados con inten-cion de evitarlos; y estandose las la-grimas en las megillas, se nos offres-ce alguna ocasion en que llorando por-que caímos; hacemos de nuevo porque llorar; y recibiendo el cuerpo de nues-tro Señor Jesu-Christo con mucha ver-guenza de los desacatos que le hemos hecho, y aun aviendo poco que lo tu-vimos en nuestro pecho, nos acaesce algunas veces por algun peccado echar su gracia de nosotros.

Qué caña tan vana que à tantos vientos se muda! Yá alegre, yá triste; yá devoto, yá tibio: yá tiene deseo del cielo, yá del mundo; yá aborresce, y luego ama lo aborrescido; vomita lo que comió, porque le hacia mal esto-mago, y luego lo torna à comer como si nunca lo oviera vomitado. Qué cosa puede aver de mas variedad de colo-res, que un hombre desta manera? Qué imagen pueden pintar con tantas haces, con tantas lenguas, como este hombre? Quan de verdad dixo Job (a) que nunca el hombre estaba en un estado; y la causa es porque al hombre le llaman ceniza, y à su vida viento. Muy necio sería el que buscasse reposo entre viento y ceniza (b). No pienso que avrá cosa mas espantable de mirar, si mirar lo pudiessemos, que vér quantas formas toma un hombre en lo de dentro de sí en un solo día: toda su vida es mudanza y flaqueza. Y convienle bien lo que la Escritura dice (c): El necio es mudable como la luna.

Qué remedio tendremos? Por cier-to conocernos por lunaticos. Y como en tiempos passados llevaron un luna-tico à nuestro Señor Jesu-Christo pa-rra que lo curasse, ir nosotros al mis-mo Jesus, para que nos cure como à aquel curó. De aquel dice la Escritura

ra (d) que lo atormentaba el espíritu malo, que ya lo echaba en el fuego, ya en el agua de carnalidad, de tibieza, y de malicia. Y si miramos quan-tas deudas debemos à Dios de la vida passada, quan poca emienda ay en la presente, dirémos, y con verdad (e): Rodeadome han dolores de muer-te; peligros del infierno me han cer-cado.

O peligro de infierno tan para temer! Quién es aquel que nó mira con cient mil ojos no resvale en aquel hon-do lago, donde para siempre llora lo que temporalmente rió? Quién no en-dereza su camino porque no le tomen por desencaminado de todo bien? Dón-de están los ojos de quien esto no vé? las orejas de quien esto no oye? el pa-ladar de quien esto no gusta? Verda-deramente señal es de muerto no tener obras de vida. Nuestros peccados son muchos, nuestra flaqueza grande, nues-tros enemigos fuertes, astutos y mu-chos, y que mal nos quieren. Lo que en ello nos va, es perder ò ganar à Dios para siempre. Por qué entre tan-tos peligros estamos seguros? y entre tantas llagas sin dolor dellas? Por qué no buscamos remedio antes que ano-chezca y se cierran las puertas de nues-tro remedio? Quando las doncellas locas dén voces, y les sea dicho: No os conozco? (f) Conozcamosnos pues, y serémos conocidos de Dios. Juzguemo-nos, y condenemonos, y serémos ab-sueltos por Dios. Pongamos los ojos sobre nuestras faltas, y luego todo nos sobrá. Considerémos nuestras mise-rias, y aprehenderémos à ser piadosos en las ajenas. Porque segun la Escrip-tura dice (g): De lo que ay en tí ap-rehenderás lo que ay en tu proximo.

Hasta aqui son las palabras de las cartas, en las cuales verá el hombre como en un claro espejo sus faltas y miserias, para que assi se conozca, y conozcido se humille, y despues

de

(a) 1. Cor. 13.

(a) Job 14. (b) Job 7. (c) Eccl. 27. (d) Marc. 9. (e) Psal. 17. (f) Matt. 25. (g) Eccl. 32.

de humillado pida socorro al ayudador de los humildes, que es Christo Jesus.

§. IX.

De la virtud de la confianza, y de la grandeza del beneficio de nuestra redempcion en que ella se funda.

Despues destas virtudes dirémos tambien de la esperanza y confianza en Dios, que es una de las tres virtudes Theologales. Digo pues que aunque sea grande la estima que este varon de Dios tiene de todas las virtudes, y la facultad y gracia para exhortarnos à ellas; pero mucho mas en estas cartas se señala en alabar la virtud de la confianza en Dios, y exhortarnos à tenerla. Esto se verá en sus cartas: las cuales como por la mayor parte son consolatorias, necessariamente avia de aprovecharse desta virtud para esforzar à los flacos y desmayados con la carga de sus passiones y peccados, con las sequedades espirituales y ausencias de nuestro Señor, con las quales quiere probar la firmeza de su fé y constancia.

Y aunque para animar à esta virtud aya muchos motivos en las sanctas Escrituras (pues como el Apostol dice) (a) todas ellas sirven para fundar esta esperanza; pero el principal motivo que para esto ay es el beneficio de la passion de nuestro Redemptor; pues nos consta que todo quanto él padesció y mereció fue para nosotros; pues él de nada tenia necesidad. Solos los trabajos y dolores fueron suyos: mas el fruto dellos todo es nuestro; y con tales prendas seguramente podemos esperar el remedio de nuestros males. Pues deste tan grande movivo se aprovecha este Padre en todas las cartas consolatorias, que escribe con tanta fuerza y eficacia de razones para esforzar corazones fla-

cos, que puede él en su manera decir aquellas palabras del Propheta (b): El Señor me ha dado una lengua sabia y discreta, para que sepa yo consolar con mis palabras à los que están caidos y desmayados.

Lo qual señaladamente hace él en una carta que aqui me pareció ingerir; porque estanta la fuerza de la verdadera eloquencia que en ella muestra, y es tan copiosa y tan rica la vena de los mysterios que aqui descubre para animarnos à confiar, que ningun hombre avrá tan desmayado, aunque sea como una piedra, que no se esfuerce y cobre espíritu con esta carta. En la qual tambien verá el Christiano Lector la especial lumbre que este Padre avia recibido de nuestro Señor para entender la grandeza del beneficio y mysterio de nuestra redempcion, de que luego trataremos. Y esta carta tan notable y tan consolatoria no fue escrita para consolar à algun gran señor; para que sospechemos que avia él adelgazado mas la pluma que para las otras personas; porque no se escribió sino à una persona de mediano estado. Y para la consolacion desta le dió nuestro Señor todas estas perlas preciosas: corriendo la pluma por el papel con tanta presteza y facilidad, como si fuera otro el que dictára, y él el que escribiera. Y aqui tambien se verá claramente cumplida aquella notable sentenciá de Salomon que dice (c): Los pensamientos del varon robusto y esforzado serán siempre en abundancia; mas todos los flojos y perezosos viven en pobreza. En la qual sentenciá nos da à entender que los que se esfuerzan à andar con fervor y diligencia por el camino de la perfection, quanto mas aprovecharen en este proposito, tanto mayor luz y mayor conocimiento se les da: como lo podremos notar en esta carta: la qual contiene grande copia de sentencias y piadosas consideraciones para nuestro esfuerzo y edificacion. Comienza pues la carta assi:

No

No tengais por ira lo que es verdadero amor; que assi como la malquerencia suele albagar, assi tambien el amor reñir y castigar; y mejores son, dice la Escritura (a), las beridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborresce; y grande agravio hazemos à quien con amorosas entrañas nos reprehende, en pensar que por querernos mal nos persigue. No olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es medianero nuestro Señor Jesu-Christo, por el qual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de peccado mortal. Tan presto aveis olvidado que la sangre de Jesu-Christo dá voces, pidiendo para nosotros misericordia? Y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros peccados quede muy baxo y no sea oido? No sabéis que si nuestros peccados quedassen vivos, muriendo Jesu-Christo por desbacerlos, su muerte seria de poco valor, pues no los podia matar? Nadie pues aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto, que lo tiene por suficiente y sobrada paga (quanto es de su parte) de todos los peccados del mundo, y de mil mundos que uviera.

No por falta de paga se pierden los que se pierden, sino por no querer aprovecharse de la paga por medio de la fé, y penitencia, y Sacramentos de la sancta Iglesia. Assentad una vez con firmeza en vuestro corazon que el negocio de nuestro remedio Christo lo tomó à su cargo, como si fuera suyo; y à nuestros peccados llamó suyos por boca de David, diciendo (b): Longè à salute mea; y pidió perdon dellos sin los aver cometido; y con entrañable amor pidió que los que à él se quisiesen llegar fuessen amados, como si para él lo pidiera; y como lo pidió lo alcanzó. Porque segun ordenanza de Dios, somos tan uno él y nosotros, que ò bemos de ser él y nosotros amados, ò

él y nosotros aborrescidos: y pues él no puede ser aborrescido, tampoco nosotros, si estamos incorporados en él con fé y amor; antes por ser él amado lo somos nosotros, y con justa causa.

Pues qué mas pesa él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que él sea aborrescido? Y mas ama el Padre à su Hijo, que aborresce à los pecadores que se convierten à él; y como el muy amado dixo à su Padre (c): Quiero, Padre, que donde yo estuviere estén los míos; porque yo me offerco por el perdon de sus peccados, y porque sean incorporados en mí. Venió el mayor amor al menor aborrescimiento, y somos amados, perdonados, y justificados, y tenemos grande esperanza que no avrá desamparo donde ay nudo tan fuerte de amor.

Y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congoxada, pensando que Dios la ha olvidado como la vuestra lo está, provee el Señor de consuelo, diciendo en el Propheta Isaias desta manera (d): Por ventura puedese olvidar la madre de tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquella se olvidare, yo no me olvidaré de tí; porque en mis manos te tengo escrito. O escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propria carne! y la sentenciá de la letra dice (e): Con amor perpetuo te amé, y por esso con misericordia te atraixé à mí. Tal pues escritura como está no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el anima atraida con dulcedumbre de propositos buenos, que son señales del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado. Por tanto no os escandaliceis ni turbeis por cosas destas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos (y en testimonio de amaros) se enclavaron en cruz; y un poco mas abaxo dice assi:

T

(a) Rom. 15. (b) Isai. 53. (c) Prov. 17.

(a) Prov. 13. (b) Psalm. 21. (c) Joan. 17. (d) Isai. 49. (e) Hier. 31.